

# LOS TANQUES, POR LA DERECHA

La crónica íntima de cualquier hombre es la misma de sus desilusiones progresivas. De sus desmitificaciones lentas. Desmitificar es quitarle a las cosas -o las personas- los velos que las cubrían con mejoría; o aun: no desvestirlas del todo y dejarlas en la tiritona y en paños menores

Pero lo que vale para las cosas y las personas conviene igualmente a las situaciones. Sobre todo, a las dramáticas y grandilocuentes. De niños creíamos en las intocables prerrogativas del condenado a muerte, que en sus últimas horas podría satisfacer los más peregrinos caprichos de su gula, y luego resultó que a la gente se la fusilaba sin ninguna solemnidad: y si cuadra en ayunas. Nos aseguraban que si un fugitivo acertaba a traspasar frontera, exactamente la raya, nadie de su propio lado podría cogerlo de nuevo. Los brasileños, por ejemplo, se mirarían mucho antes de sacudirle a un ciudadano argentino (y no digamos si la ofensa fuera a la bandera), porque Argentina marcharía contra el Brasil. Y justo aquí, en materia de guerras, la nación ofendida tenía que mandarle un ultimátum a la ofensora, y después un embajador que llegaba serio y digno, pero cortés, y entregaba la papela de declaración de guerra, y sí, desde aquel momento se estaba en guerra no como ahora que se machacan los tanques unos con otros sin constancia bélica oficial.

Pues con las revoluciones, lo mismo. La desmitificación la encontrábamos hace unas semanas en cierta fotografía periodística de Atenas. Creo que ya ha pasado su actualidad. Mejor. De vez en cuando, uno se siente importante manipulando historias que van camino de ser la Historia. Era una calle ancha, tópica como de cualquier centro urbano, con sus comercios y almacenes, cafés y restaurantes, anuncios, señales de la circulación, coches, peatones, carriles pintados sobre el asfalto para que no se desmande el motorizado. Y justamente por el carril de su derecha, casi tímidos como transitan por la Diagonal los utilitarios con matrícula de Teruel, avanzan los tanques de esa última (por ahora) revolución de los griegos.

De agitaciones y demasías, «libera nos Domine». Pero decir revolución ordenadita es, cuerdo menos, un disturbio semántico.

## Ventanas pintadas

Sospecho que a los arquitectos se les echa encima un tiempo de clientes rebeldes. Empieza a haber gente disconforme con que una casa tenga forma de cajón.

(Cierta compositor se ha encargado la suya a modo de piano de cola, sobre una colina.) Y si la forme ha de ser la de un cajón, que al menos tenga una intención provocadora en sus caras.

Una serie de fotografías en color, sobre texto de Porcel, nos enseñaban aquí mismo, hace unos domingos, los exteriores de un complejo turístico mallorquín con pinturas que aluden, en un hotel, al mundo propio del hotel: camas, gentes cuarto de baño, armarios que no se abrirán nunca...

Pero no hay cosa nueva bajo el sol, ni siquiera bajo el sol de los países marinos e imaginativos. En mis tierras mesetarias, tan realistas de marrón y adobe, es ya antiguo el sentimiento de evasión que representa una puerta, una ventana, ingenuamente pintadas -fingidas- sobre el muro impracticable y ciego. A mí me ha enternecido siempre este expediente tan acorde con la condición humana. A Gloria Fuertes, también.

He rebuscado en sus libros y no encuentro el poema que resuena vagamente por mi memoria. Entonces, llamo a la poetisa y ella me aclara que lo habré oído en un disco «concelebrado» de Aguilar. En efecto. Pero Gloria misma, reza o recita por el teléfono con su voz inconfundible:

Vivía en una casa con dos ventanas de verdad  
y las otras dos pintadas en la fachada  
Toda mi infancia la pasé con el deseo  
de asomarme para ver lo que se veía  
desde aquellas ventanas que no existieron.

### **De la marroquización**

Es lástima que ahora, a nada que uno se asome a la orilla del Sur, se encuentre con que hay moros en la costa. Porque buena vecindad sería la de Marruecos, con su encanto misterioso y diferente para nuestros ojos, si no les diera a los marroquíes por tanta marroquización. La marroquización, como su nombre indica, significa que todo, todo allí hay que hacerlo marroquí. Y cual corresponde al sarampión de los nacionalismos, con prisa y ruido y energía sobrante.

Un día, su majestad firmó un «dahir» sobre el ejercicio de ciertas actividades.

Por afectar a intereses de ámbito más bien modesto, apenas si levantó inquietudes. Por eso y porque no se concretaba la fecha de entrada en vigor. La gente tiende a pensar que las amenazas «sine die» no son amenazas. La gente, ¡benditas defensas de la condición humana! se reiría de las letras de cambio si además de la cantidad y de «por esta primera» y otras fórmulas cabalísticas, no llevaran escrito ese renglón inesquivable que es el «vencimiento».

En fin, parece próxima la hora en que solo los indígenas podrán dedicarse al comercio en general, representaciones, seguros, salas de cine, conservas, guardamuebles, calzados, tintorería, mercería, reparación de carreteras, publicidad, bicicletas, ferretería, transportes, y el vidrio, y los relojes, y le leche. Más el etcétera de una retahíla larga, larga.

Habrá que abrirles los brazos a nuestros connacionales y que hagan aquí lo que -quizás únicamente- saben hacer. Algo inoportuno va a ser que vengan más electrodomésticos (que están en la lista), ¡más detergentes! (que también) y desodorantes que pronto nos abandonen o no. Paciencia. La fraternidad tiene sus horas solemnes. Y luego, por contrapartida, que en la nómina de actividades en que Marruecos cree bastarse a sí mismo, nuestros vecinos incluyen la que nosotros ansiamos más; la del personaje más deseado en una casa, el artista más querido, el hombre al que además de pagarle su trabajo le sacamos el mejor güisqui y unas mantecadas de Astorga...

-¡No!

¡Sí! Justo lo que está pensando usted, lector. Los marroquíes, con su patriótica prohibición, nos van a devolver nuestros fontaneros. O es que tienen muchos, o es que tienen pocos grifos. Pero en cualquier caso, bendito sea Dios. Alabado sea Alá.

**Antonio PEREIRA**